

nuestros mandatarios. Gástese lo recaudado en ametralladoras relucientes, en vacua diplomacia, en conferencias y congresos decorativos e ineficaces. Vivamos como hasta aquí: no nos ha ido mal—han pensado nuestros políticos. Y no puede negarse que desde la mira de las conveniencias personales—única eminencia avizora de nuestra política—tienen plena razón. Por gran fortuna, parece que el pueblo empieza a creer que también a él la asisten sus razones.

1930, que con insistencia casi enfadosa ha venido clamando por una modernización integral de nuestra enseñanza, que ha venido señalando una y otra vez el lamentable anacronismo de nuestros planes y sistemas universitarios, ¿qué ha de decir ante resolución que aleja indefinidamente la esperanza de una seria reforma, qué ha de opinar sobre acuerdo que deja casi indotadas las enseñanzas experimentales superiores? Nadie ignora que en los laboratorios universitarios miles de alumnos quedan todos los años conociendo teóricamente el microscopio y realizando en los textos las experiencias químicas. ¿Que será ahora? No es un secreto que en Institutos y Escuelas Normales cada profesor se ha visto obligado a repetir hasta el agotamiento, durante cuatro y cinco horas diarias, el mismo disco. ¿Qué rendimientos estimables se obtendrán en lo adelante, mermada inverosímilmente la lista de esos profesores?

El más grave mal de nuestra enseñanza es, sin duda, la ninguna seriedad con que, por lo común, se realizan los estudios superiores, la ninguna autenticidad con que se prepara a los que han de impartir mañana, desde Institutos y Universidades, las más delicadas disciplinas. La solución casi nunca está en saber sino en «pasar». Privado el alumno en la segunda enseñanza, y en la superior, de estudios básicos para una cultura genuina, ve sólo ante sí un cuestionario de pre-

guntas de examen que es necesario salvar a nado con el menor riesgo. Si se mantiene el risible «currículum» actual, si se recarga al profesor—hecho por lo común a la más enervadora rutina—con labores excesivas, si el material de estudio prácticamente desaparece, ¿qué caminos están reservados a nuestra cultura? Debe preocuparnos esto dolorosamente aunque los políticos criollos sigan contemplando nuestros graves problemas desde la «lomita» de su personales intereses.

Como se ve por el pensamiento transcrito, en Cuba, como en todas partes, se cuecen habas...

PROUDHON COMO FILÓSOFO

La *Revue Bleue*, conocida publicación francesa, en su número noveno del presente año trae un interesante estudio de Georges Guy-Grand titulado *¿Proudhon es filósofo?* En él, después de colocar al estudiado en la filosofía francesa del pasado siglo y ante la opinión generalmente despectiva de los filósofos contemporáneos, responde a la pregunta inicial en los siguientes términos:

Y si se toma la palabra filósofo en su acepción completa, pocos pensadores la merecen tanto como Proudhon. Pero es preciso entenderse. Sabemos ya lo que no es, lo que no dará. Para todo aquello que sea exposición o discusión puramente abstracta de sistemas, es imprudente fiarse a él. Si se quiere discutir a la manera de los metafísicos clásicos sobre la materia, la fuerza, la sustancia, sus formas o sus atributos, que no se le tome como guía. No es allí donde es original no hace más que repetir lecciones prematuras, asimiladas apresura-

damente, chapeadas sobre su pensamiento antes que adiestradas verdaderamente por su espíritu. Algunas páginas de la *Creación del Orden*, de la *Filosofía del Progreso*, también de la *Justicia*, parecen notas-resúmenes de cursos. No sería difícil no tan sólo hacer la enumeración, el recuento de las influencias que él ha tenido como todo pensador, sino separarlas del resto. Lo que debe a la Biblia, al Derecho Romano, a los Enciclopedistas, a Rousseau, a Kant, a Hegel, a los economistas, a Fourier, a Saint-Simon, a Comte, a sus contemporáneos, tanto amigos como adversarios, es un trabajo útil de fijarlo en fichas. La jerarquía familiar, la igualdad social, la libertad, el progreso, el racionalismo anti-religioso, el contrato, la autonomía, la antinomia y la dialéctica, la decadencia o regresión del poder político y la prepotencia del económico, la organización del trabajo y de la vida colectiva, se verían qué antecedentes tienen, de qué fuentes provienen y en cuáles se podrían entroncar estos elementos en el pensamiento prudhoniano. Pero esta enumeración nos da tanto la llave de su pensamiento como la reunión de los miembros dispersos de un cuerpo mutilado nos podría dar el secreto de la vida. Es preciso llegar al corazón, al alma que anima el todo, hasta la idea capital que lo domina constantemente y ordena esta efervescencia de ideas, aparentemente contradictorias. Porque si es verdad que podemos encontrar en Proudhon no solamente dos sociólogos sino varios filósofos, no es menos cierto que, lo mismo que los dos sociólogos se avienen y se completan, las filosofías se esclarecen en un estudio más comprensivo del hombre y su sistema.

Al proceder así se descubre lo que Proudhon es fundamentalmente, lo que todo el mundo se aviene en reconocer en él: un campesino del Franco-Condado, un artesano tes-

tarudo, un francés chapado a la antigua, la encarnación genial del pueblo francés. Pero estas definiciones no afectan el carácter original de su sistema, la potencia de su pensamiento. Porque este pensador tiene un sistema que oponer al que él combate, una doctrina que él constituye, según su promesa, después de haber demolido, y sobre cuya firmeza no tuvo jamás ninguna especie de duda. Este sistema es el de la «Revolución», esta doctrina es la de la «Justicia», y el conflicto de dos formas antagónicas de concebir la Justicia, según la Revolución y según la Iglesia, es el fundamento de su mejor libro.

Más adelante explica el autor por qué el concepto de Proudhon, en cuanto filósofo, no tiene muchos adeptos. Se debe, según Guy-Grand, a su orgullo que lo hizo mantenerse siempre solitario, obstinado, irreductible.

De allí proviene que sea difícil de cogerlo, escapa a toda clasificación. Cuando se cree enrolarlo en una determinada familia espiritual, por una salida imprevista se escapa. Se queja sinceramente de no ser comprendido, pero hace todo lo posible por no serlo, por su afición a las contradicciones, las antinomias, las paradojas.

Y esto proviene del defecto señalado líneas atrás, porque el destino de Pedro José Proudhon es de estar siempre solo, a la expectativa, robusto y proteiforme, bravío como el pueblo del que es un héroe, y que todavía no ha sido verdaderamente incorporado a la sociedad.

ARIEL.